

—Voy a dárselo a usted.
Y el hombre metió la mano al bolsillo para sacarlo; pero se quedó pálido y sorprendido al encontrarse sin él.
—¿Qué sucede?—preguntó alarmado el de la barba larga, al notar la inquietud de su compañero.
—¡Qué ha de suceder!... Que no tengo el cuaderno.
—¡Cómo!
—Sin duda me cayó del bolsillo al saltar la tapia del jardín.

—¿Será posible?
—Sí, por desgracia.
—Regístrese usted bien.
—No, no lo tengo—contestó el hombre, después de registrarse todos los bolsillos—. Se cayó al dar el salto hacia la calle.

—¡Ah!... Pues es preciso volver para buscarlo.
—Sería una imprudencia... ¿No ve usted que si, como es posible, ha matado usted del pistoletazo al que trató de acometerme, la justicia, que estará en el teatro de la sangrienta escena, pudiera echarnos mano?

—Tiene usted razón. ¿Qué debemos, pues, hacer?
—Por ahora, retirarnos a nuestras casas, y mañana, después de informarnos de lo que ha pasado, discurrir y meditar el modo de reparar lo perdido.
—Puesto que no queda otro remedio, marchemos hacia casa. ¡Oh!... ¡Ese cuaderno!... ¡Ese cuaderno es toda mi ambición!

Y lamentándose ambos de aquel fatal contratiempo que les había arrebatado lo que tanto habían anhelado, se alejaron, perdiéndose a poco en la obscuridad de las solitarias calles.

¿Qué había sido del cuaderno?
¿Se quedó tirado en la calle sin que nadie lo viera?
¿Por qué Núñez no persiguió a aquellos dos malvados?
¿Temió al hacerlo, o había sido víctima del pistoletazo disparado por el hombre de la barba larga?

Antes de satisfacer estas dudas, preciso nos es ocuparnos de otros acontecimientos que importan a nuestra historia.

CAPITULO VI

La casa de juego

Estamos en una casa de juego; en una de esas oficinas del vicio, donde se pierde todo: la vergüenza, el dinero, la delicadeza, el tiempo, el amor a los hijos, a la esposa, la inteligencia, la fe y cuanto hace al hombre digno de la sociedad.

Entre los seres que frecuentan esos sitios en que pierden sus buenos instintos, sus modales y las máximas de virtud tantos y tantos jóvenes que hubieran podido ser el ornato de su patria, lo primero que se pierde es el sentimiento generoso de humanidad, de amor al prójimo y de amistad.

¿Qué sentimiento noble puede abrigar el corazón del hombre que le estrecha a otro la mano con deseo de ganarle el dinero que lleva?

¿Puede haber virtud ninguna en el que desea su engrandecimiento particular con la ruina de miles que exponen a una carta lo que debieran emplear en saciar el hambre de su esposa y de sus hijos, que acaso perecen de necesidad y de miseria?

En el juego se acaban los más dulces afectos; el corazón se cierra a todo sentimiento digno y se abre a todas las iniquidades.

Es una infernal pasión que ciega a los hombres hasta el extremo de que el más humano se convierte en feroz y sanguinario, el más probo en fullero y petardista, el más tímido en insolente y quimerista, y el más desprendido en egoísta y duro.

Para el jugador no hay más patria, más amigos ni más familia, que la mesa en que brilla el oro, y alrededor de la cual pasa los días y las noches, fijos los ojos en aquel tesoro, que es el centro de atracción en que giran todos sus sentidos, todas sus potencias, entera su alma.

¿Puede acordarse de los deberes de ciudadano, quien se olvida de los deberes de padre?

¿Puede correr a la defensa de su patria, el que no vuela a la defensa del hambre y de la desesperación a su desgraciada familia?

¡Ah!... El jugador no debiera tener lazos ningunos que le ligasen á la sociedad; sus padres debieran morir antes de verle sumido en esa senda fatal; no debiera tener ni parientes, ni hermanos, ni esposa, ni hijos... Debiera vivir solo, enteramente solo, en el mundo; así no arrastraría en su desgracia a los desdichados seres que forman su familia, y que son mil veces más desgraciados que él mismo...

Y no se crea que me contraigo únicamente a los que, careciendo de riquezas, arriesgan a una carta lo que tienen para el sustento de las personas que le pertenecen.

El rico que penetra una vez en esas peligrosas casas, y pierde a una carta lo que hoy le sobra, mañana, para resarcir la pérdida, aventura lo necesario; luego arriesga el préstamo de un amigo, el depósito tal vez que le han confiado, creyéndole honrado y poderoso, y si lo pierde, la desesperación, el furor se apodera de él, le ciegan, le trastornan la razón, y colocado en la fatal pendiente, se precipita de un paso imprudente a otro vergonzoso, hasta rodar a la cima del crimen.

El juego es un semillero de males que todo gobierno debe tratar de extirpar con mano inexorable y vigorosa. Y no se dé por disculpa el que, siendo imposible evitar completamente este vicio, los gobiernos deben ponerlo a contribución, sacando de él todo el bien pecuniario que se pueda para las rentas del Estado.

Si el ser inevitable en su totalidad un vicio, sirviese de disculpa, ¿no tendría el mismo derecho de permiso el robo, pagando los salteadores una contribución fuerte que les impusieran?

¿A dónde iríamos a parar con la perniciosa máxima de que los gobiernos deben sacar todo el provecho posible de los vicios, puesto que no los pueden evitar del todo? Si cierto es que la autoridad no puede destruir por completo los males, debe al menos hacer lo posible porque sean menos las víctimas. Quien tiene conocimiento de las reuniones políticas, por insignificantes que sean, ¿podrá ignorar las sociedades del juego?

Vigile la policía sobre las segundas como vigila sobre las primeras, y fácil le será arrancar de la sociedad la mortífera gangrena que mata a millares de familias.

Nunca he jugado, porque siempre he mirado con horror ese detestable vicio; pero he penetrado, con objeto de observar, en esas casas y me he sobrecogido de espanto al ver pintados en los rostros de todos, al caer las cartas sobre

la carpeta, el temor, el sobresalto, la inquietud y la desesperación.

En medio de un magnífico salón se ve una larga mesa cubierta con una carpeta verde donde brillan miles de onzas y de pesos, colocados en varios montones; alrededor de ella están de pie, y agrupadas unas detrás de otras, multitud de personas que han llegado tarde, y sentadas las que acudieron a hora más oportuna. En medio de la mesa está el director de la banca, delante del cual está el fondo destinado a pagar los «puntos»; enfrente a él está el que le ayuda a «tallar», alternándose en barajar cada media hora; a izquierda y derecha del primero, como a una vara de distancia, se descubre otro «tallador», cada cual ocupado en recoger y pagar para lo cual tienen delante el oro y la plata suficiente.

En los semblantes de estos cuatro personajes no se retratan jamás los sentimientos; sus rostros se mantienen impasibles, sin demostrar emoción ninguna, bien vaya el dinero del fondo a los «puntos», o bien vuelva de los «puntos» al fondo.

No sucede lo mismo con los que se agrupan alrededor, ávidos de oro.

Ved la fisonomía de aquel hombre que asoma la cabeza por entre los hombros de los que están delante de él; vedle pálido y agitado, alargar el pescuezo, clavada la vista en las cartas que van saliendo, dejando ver en sus pálidos y secos labios la siniestra sonrisa del temor y la esperanza, y en sus ojos la sombría expresión que los nubla.

Ese hombre padece mucho sin duda, a juzgar por la contracción nerviosa que se opera a cada instante en su descarnado y macilento rostro.

Y todos los días los pasa ahí, alrededor de esa mesa, fijos los ojos en las manos del que baraja, como queriendo sorprender el lugar en que penetran ciertas cartas favoritas. Algunos días la fortuna le sonríe y le hace dueño de un capitalito con que pudiera emprender algún giro; pero el juego le ha quitado el amor al trabajo, y halagado por la ganancia y por la facilidad con que en un instante se ha hecho dueño de una cantidad envidiable, vuelve al día siguiente, y pierde en un instante cuanto ganara el día anterior.

Delante de él, y sentado junto al que baraja, se ve a otro hombre, de avanzada edad, con varios montones de onzas delante, que acaba de poner, con la mayor calma, una suma

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CATEDRA ALFONSO X

considerable a la carta contraria del que se halla detrás de él.

El director corre la baraja con un magisterio y sangre fría que llama la atención, seguro, sin duda, de aquella máxima que dice: «De enero a enero, el dinero es del banquero».

El hombre que hemos visto de pie, apenas respira; cada carta que sale es un golpe que le da el corazón; nadie habla; un silencio sepulcral reina en todos los concurrentes, cuyo punto de atracción son las cartas.

Detrás de este hombre, pero sin tomar parte en los azares del juego, se ve a un individuo vestido con el traje del campo, de tez bronceada, de pelo áspero y negro, de toscas maneras, pero en cuya fisonomía franca, aunque vulgar, se revelan sentimientos generosos, que no aparta la vista de él, mirándole con cierta mezcla de interés y de compasión.

Por sus anchas «calzoneras», con botonadura de plata, su sombrero adornado con ancho galón de oro, su «jorongo» y sus modales, se viene en conocimiento de que debe ser una de esas personas ricas del campo, conocidas en México con el nombre de «rancheros».

El hombre a quien observaba, ni siquiera había reparado en él; tal era la ansiedad con que esperaba el éxito del albur.

Las cartas, entre tanto, iban saliendo sobre la mesa.

Los ojos de los jugadores se van fijando en las que salen, llevando al corazón, ya el temor, ya la esperanza.

De repente se oye clara y firme la voz del banquero, diciendo:

—El cinco, mozo.

En todos los semblantes se opera un cambio instantáneo.

El hombre que hemos visto de pie se puso cadavérico; brillaron sus ojos con el fuego de la desesperación; apretó los puños, llevó las manos a los bolsillos, y al no encontrar nada en ellos, se retiró de la mesa, y penetró en la pieza de descanso, que estaba contigua al salón de juego, y en la cual se paseaban otros tan desgraciados como él.

El campesino que le había estado observando le siguió disimuladamente, se embozó con su «jorongo» hasta los ojos para no ser conocido, y se sentó en un extremo de la pieza, desde donde siguió observándole.

—¿Le han tratado a usted mal, don Diego?—le preguntó uno de los muchos que habían perdido lo poco que llevaban.

—Lo he perdido todo... ¡Todo!... ¡Hasta el dinero destinado

para comprar pan a mi esposa y mis dos inocentes criaturas que me esperan hambrientas y anegadas en lágrimas!... ¡Oh!... ¿Por qué no morí la noche en que me dieron el balazo?... ¡Pobre Elisa!... ¡Ella tal vez ruega al lado de sus hijas por mí en este mismo instante en que yo las condeno a morir de miseria y de necesidad!...

—No me han tratado a mí mejor que a usted. Ya sabe usted que yo siempre juego «lugar», con el objeto de sacar la «amanesca», pues de cobrador de cuentas incobrables no saco más que romper los zapatos sin encontrar a los acreedores. Pues bien, hoy he perdido uno tras otro todos los albures, sin que se hubiese «hecho» ni una carta mía. Y lo que siento es que el dinero estaba destinado a desempeñar un vestido de gro que mi esposa, Crucecita, quería ponerse el Jueves Santo.

—Pero yo soy un criminal. Desde que sané de mi herida y de mi enfermedad, no he hecho más que sumir más y más en la miseria a mi mujer y a mis hijas; soñando adquirir riquezas, he vendido cuanto la bondad de una amiga les ha proporcionado, y todo lo he dejado en esa maldita mesa de juego.

—Pero usted siquiera tiene más recursos que yo.

—¿Cuáles?

—Cuando veníamos hacia aquí, se encontró usted con una persona que, al verle, puso en sus manos de usted dos onzas.

—Sí, era el bondadoso Pablo, el rancharo de Texcoco, de quien ya he hablado a usted otras veces.

—¿El que le encontró a usted herido en San Angel y le trajo en coche a México?

—El mismo. Iba a verme a mi casa, con objeto de prestarme ese dinero, que le pedí la última vez que estuve en ella. ¡El creería que iba a emplearlo en cosas útiles, necesarias a la familia!... ¡Oh!... ¡Soy un monstruo!...

En este diálogo estaban, cuando entró una mujer con una porción de cajitas con anillos y alfileres de camisa, pañuelos, botones de pechera, arracadas, cortaplumas, y otra porción de chucherías.

—Adiós, don Diego—dijo en voz baja el esposo de Crucecita—; es mi vecina, doña Anita, y no quiero que vaya a contar a mi costilla que me ha visto aquí; voy a ver si me desquito y hago mi «bolichada»; le aconsejo a usted que juegue a la «contrajudía», que es lo que se está haciendo. Adiós.

Y desapareció, evitando que le viese la mercachifle.

Diego se quedó abatido. Habían venido a tierra los lisonjeros sueños que le habían halagado durante su enfermedad.

Por endurecido que estuviese su corazón por la pasión del juego, al fin era padre, y un padre siempre sufre con el recuerdo de la miseria de sus hijos. Sabía que le esperaban hambrientos y afligidos, ¡y no tenía qué llevarles!...

Esta idea despedazó su corazón; cruzó los brazos, inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó meditabundo.

El hombre que le había estado observando desde un rincón, permaneció en el mismo sitio, sin que nadie pusiese cuidado en él.

A corta distancia del desgraciado Diego, y sentado sobre un sofá, con los codos sobre las rodillas y el rostro oculto entre las manos, se ve a otro joven de buena presencia, con la corbata en desorden y desabrochado el chaleco, indicando en su actitud y en su rostro, que levanta de vez en cuando, para volverlo a dejar caer sobre sus manos, la desesperación y la inquietud.

Ese joven pertenece a una honrada y principal familia. Casó hace dos años con una señorita de fina educación, con la cual vino a vivir y establecerse en México. Pero tuvo un día la desgracia de encontrarse con un «convividor» teñido que le condujo al juego; y desde entonces empezó a huir la paz de su corazón y la felicidad conyugal.

Al principio, el mejor éxito coronó su entrada en la senda de ese espantoso vicio; pero pronto le volvió el rostro la fortuna, y vió marchar, tras las primeras ganancias, los bienes cuantiosos que recibió de sus padres. Entonces, no teniendo nada suyo, echó mano de los bienes de su afligida esposa, cuyos ruegos y lágrimas no consiguieron volverle al buen sendero, y pensando recobrar sus pasadas riquezas, sólo consiguió quedar reducido a la mayor miseria.

La tierna esposa sufrió con resignación cristiana aquel funesto golpe, sin quejarse; sin abrir sus labios para exhalar delante de él un suspiro; lloró a solas la pérdida de sus bienes, no por ella, que nada ambicionaba más que el amor de su esposo que le robaba el juego; pero era madre, madre de una encantadora niña de ocho meses, y le desgarraba el corazón el pensar en el triste porvenir que a aquella inocente criatura le esperaba.

El joven, dominado por la funesta pasión, no se apartaba un solo instante de alrededor de aquella funesta mesa, cuyo oro le seducía, mientras su esposa, extenuada sin probar alimento, llorosa y afligida, veía morir el fruto de su amor, porque sus pechos secos por la falta de alimento no

podían proporcionar a la inocente criatura el precioso sustento.

Era una virtuosa joven, verdadero corazón de mujer, y más quería sufrir que escribir a sus amorosos padres la triste situación en que se encontraba; aceptaba gustosa sus tormentos, por no hacer perder a su esposo el aprecio que le dispensaba y el buen concepto que de él habían formado al unirle con su hija.

Una noche le sonrió la suerte, haciéndole concebir la esperanza de recobrar sus perdidas riquezas. Había acertado algunos albures, y tenía ganados diez mil pesos; creyendo que aquel era el momento favorable para alcanzar sus fines, siguió jugando; y cuando al día siguiente se dirigió a su casa sin un real, pues todo lo había vuelto a perder, halló la puerta de la alcoba cerrada; llamó, y viendo que nadie respondía, forzó la cerradura, y a sus ojos se presentó la escena más tierna y desgarradora. Sobre un miserable colchón tendido en el suelo, yacían una mujer y una niña muertas y tiernamente abrazadas... Aquella tenía puestos los labios sobre la frente de la hermosa criatura, indicando el último beso que le había dado al expirar; la niña tenía dentro de su entreabierta boca el seco pecho de su yerta madre... Eran su esposa y su hija, a quienes había matado el hambre...

Y él vive todavía; y es tal la fuerza de esa funesta pasión al juego, que no sale jamás de esa casa de maldición.

—¿No compran ustedes anillos o algunas otras alhajas de gusto y baratas que traigo?—preguntó en alta voz la mercachifle, dirigiéndose en general a los que allí estaban.

—Y ¿no trae usted uno soga de venta?—dijo un ilimitado de levita raída y abrochada hasta el pescuezo, de sombrero piramidal, grasiento, y de zapatos rotos.

—¿Para qué?—respondió doña Anita.

—Para ahorcarme.

—Vamos, no te desesperes—le dijo otro de casaca con falzones de gallardetes hasta las tabas, y tan madura, que se deshacía al tocarla—; voy a venderle a esta señora una cosa, cuyo importe lo emplearemos en desayunarnos.

—Veamos la prenda—contestó la mercachifle—; yo vendo y compro.

—Aquí está—dijo el de los gallardetes, sacando del mugriento bolsillo un pañuelo de algodón que doña Anita tomó con mucho tiento en sus manos.

—Y ¿cuánto vale?

—Un real.

—Si parece cedazo—dijo extendiéndolo y viéndolo lleno de agujeros.

—Mejor, así se puede destinar a dos usos.

—No; no compro claraboyas; si tiene usted otra cosa...

—Sí; traigo aquí uno obrita que he escrito, y que podrá usted venderla con estimación entre los jugadores.

—Bueno; y ¿cómo se llama?

—«Reflexiones para después de haber perdido».

—No; no me convienen las mercancías de usted.

El joven que estaba sentado en el sofá alzó la cabeza al escuchar las palabras de venta, e hizo señas a doña Anita para que se acercase.

Esta dejó al ilimitado y su compinche, ocupados en trazar con números un plan para no perder nunca, que aseguró uno de ellos ser infalible, y se acercó al joven, diciéndole:

—¿Qué quiere usted comprar? Vea usted, aquí tengo preciosos anillos, ricos alfileres..., cosas de gusto y de valor que me dan en comisión las personas de alto «kirio», pues como me conocieron en otro «predicamento», y saben que soy toda una señora...

El joven la atacó, diciéndola:

—Vendo, no compro.

—¿Es alhaja?

—Un retrato con marco de oro.

—Si es barato, no hay inconveniente; porque ya ve usted; como están los tiempos tan malos, si una no compra con comodidad... Y no es que yo quiera valerme de la ocasión, que eso no lo hace una señora como yo soy, sino que las circunstancias, y lo abatido del comercio...

—Lo sé; yo no pido por él, más que la mitad de lo que vale.

—Veamos.

—Aquí lo tiene usted.

—¡Bonita miniatura!

—No; yo no vendo la pintura; no vendo más que el marco.

—¡Ya!... El retrato será, sin duda, de su esposa.

—De mi esposa!...—exclamó el joven conmovido—. No... ¡Es de mi madre!... ¡Es el último presente que he recibido de ella!...

Y aquel hombre, en medio de la sed de oro que le devoraba, sintió despertar, por un momento, los afectos más tiernos del amor filial, y besó anhelante el retrato, llenándolo de lágrimas.

Doña Anita se enterneció con aquella escena.

—¡Pobre joven!...—exclamó, sin poder disimular su emoción.

—¡Muy pobre, sí..., muy desgraciado!...—exclamó éste con acento de amargura—. ¡Ah!..., señora; si tiene usted hijos, no les deje usted penetrar jamás en esos sitios, donde el hombre se olvida de todos sus deberes... Pínteles usted con los más negros colores las funestas consecuencias del vicio detestable del juego...

—¿Y conociendo usted eso...?

—¡Oh!... El que una vez ha penetrado aquí, se encuentra encadenado a la maldita mesa; y dado el primer paso en la senda del juego, la fatalidad le empuja por ella sin que haya fuerza humana que logre detenerla...

Doña Anita le compró el marco, casi de balde, a pesar de asegurarle a cada instante que era toda una señora; el joven besó la miniatura, la guardó en su cartera, y penetró en el salón del juego con la esperanza de enriquecerse en un momento.

La mercachifle, contenta de su compra, se acercó a ofrecer sus mercancías a otros varios que entraban, revelando en sus alegres fisonomías que la suerte no había sido ingrata con ellos.

Viendo a todos entretenidos, el campesino, que había permanecido hasta entonces en un rincón, se levantó de su asiento y se dirigió a don Diego, que estaba olvidado de todo el mundo.

—No se «achicopale» usted, don Diego, que Dios aprieta, pero no «ajorca»—dijo el rancharo en voz baja, acercándose al afligido esposo de Elisa; éste levantó la cabeza, y exclamó admirado:

—¡Don Pablo!... ¿Aquí usted?

—Sí.

—Pero, ¿cómo?

—Le «vide» a usted entrar en esta casa cuando nos «desapartamos», y cuando «golvi» por la «misma» calle, me atajaron el paso unos hombres que estaban en la puerta, invitándome a jugar, y dije para mis adentros: ¿Luego don Diego vino a echar «sus pasados por agua»? Y me subí para «devisar» lo que en «ralidad» había.

—Y ¿ha visto usted...?

—Que se le ha «arrancado» a usted hasta el último «claco».

—¡Oh!... He hecho muy mal en jugar.

—Por «de contado»; el hombre, y más si tiene familia, debe cuidar lo que ha «alquirido», y no ambicionar oro,

como el rey «Medias», perderlo todo, como decía mi antiguo amo don Miguel.

—Sí; el rey Midas ambicionaba, es verdad, riquezas como el jugador.

—Yo no sabía que tenía usted la «debelidad» de gustarle el libro de cuarenta hojas, porque entonces, en vez de darle a usted, le hubiera «emprestado» a su «probe» familia.

—¡Ah..., sí... ¡Soy un criminal!—exclamó Diego, ocultando el rostro entre las manos.

Pablo, enternecido al ver su aflicción, y deseando consolarle, le dijo:

—Vamos, no se «desaflija» usted, pues, por fortuna, su esposa y niñas no necesitan hoy de nada.

—¡Cómo!

—En el «mesmo» instante que me «jallé» con usted, iba de mi parte un criado a presentar un regalo de pollos, huevos, fruta y otras cosas que «truje» de mi ranchito de Texcoco.

—¿Será posible?... ¡Ah!... A usted le debo la vida y la felicidad; me salvó usted en San Angel de la muerte, y ahora lleva usted el consuelo a la familia de un infame jugador...

—A Dios es a «quen» se lo debe usted todo, y no a mí.

—A él y a usted.

—Además, ¿no decía usted «endenantes» que hubiera sido «más mejor» que le hubiesen dejado morir cuando le hirieron en San Angel?

—¡Ah!... No sabía lo que decía... El sentimiento de mi ruina me tenía loco.

—Por poco se «achahuisclan» ustedes; el dinero «güelve» trabajando; pero la vida no «retoña». ¡Quererse ir al «joyo» cuando tiene uno la virtud «mesma» por mujer y dos ángeles por hijos!...

—Tiene usted razón.

—Lo que debe usted «precurar» es salir de esta casa y no volver a poner jamás los pies en ella; contentarse con lo que le deja su trabajo, y de «altiro» abandonar el juego.

—Ese es mi anhelo; pero después que haga algo; de que me ayude la fortuna, acertando cinco albures a la dobla.

—Trabajando es más segura la ganancia, y se le toma sabor al dinero. Yo, don Diego, no era más que un triste indio «cuatro orejas», criado de un excelente sujeto llamado don Miguel, y con mi «hombría de bien», y teniendo, «con perdón de usted», menos talento que un burro, he llegado a «alquilar» un ranchito que está a su disposición, y vivo a gusto, aunque «probemente» en unión de una esposa a

quien nunca he dado el más ligero disgusto, ni ella a mí, a Dios gracias. Pues si esto he conseguido yo a «juerza» de trabajo, y que soy, mala es la «comparanza», más caballo que mi caballo, ¿qué no haría usted, que es «sabijondo», sabe «escribir» y es más «talentudo» que «Titolivo»?

—Es que para hacer fortuna, más vale ser honrado y trabajador, que un Tito Livio.

—¿Es decir que se «jinca» usted en seguir jugando?

—Hasta que haga una «bolichada», nada más.

—Entonces nada tengo que hacer aquí; voy a ver si su familia de usted ha recibido el corto presente que le envié, y me retiro, diciéndole a usted que si pierde, y en «cualquiera» apuración que tenga, no tiene más que avisarme, que mi ranchito de Texcoco está a su disposición.

—Gracias, don Pablo; tiene usted un excelente corazón.

Y el campesino se alejó, dispuesto a hacer cuanto bien le fuera posible por la virtuosa familia de aquel desgraciado.

Diego, avergonzado de sí mismo, pero sin poder apartar de su imaginación sus quiméricos proyectos de juego, se quedó abatido y pensativo.

Doña Anita, que iba a acercarse a él, se detuvo al ver al doctor Willey, que llegaba en aquel momento, y que, dirigiéndose a Diego, le dijo:

—¿Qué hace usted tan cabizbajo, don Diego? ¿Le han dejado a usted sin blanca?

—Sin un real; sin nada absolutamente, señor Willey.

—Y ¿no quiere usted seguir jugando?

Doña Anita se puso a escuchar la conversación.

—¿No le digo a usted que he perdido todo?

—No se pierde todo cuando hay amigos que puedan disponer de algo. ¿Quiere usted que le preste dos onzas? Aquí las tiene usted; juegue usted mayores, y estoy seguro de que se desquitará usted; es lo que se está haciendo en este momento.

La mercachifle se sonrió maliciosamente de la generosidad del doctor.

Don Diego vió el cielo abierto; su fisonomía, poco antes pálida y abatida, brilló con la luz de la esperanza.

—Gracias, señor doctor—exclamó con indecible gozo—; voy a jugar lo que usted me aconseja.

—Le aseguro a usted que entonces ganará.

—Así le pagaré a usted pronto.

—Eso no corre prisa; cuando usted pueda y quiera.

—¡Hum!...—murmuró doña Anita, fingiendo arreglar sus mercancías.

—Voy, pues, a aprovechar el momento. Adiós, generoso amigo.

—Adiós, don Diego—dijo el doctor alargándole la mano. Doña Anita, que no había perdido ni un solo movimiento de ambos, dijo interiormente, viendo que aun seguían estrechándose la mano y dirigiéndose lisonjeras palabras de amistad:

—Cuando un hombre regala dinero a otro que tiene mujer bonita, no trata, seguramente, de observar el noveno mandamiento de la ley de Dios.

—Si pierde usted lo que lleva, vuelva usted a verme—dijo el doctor a Diego.

—Gracias—contestó éste, y dando el último apretón de mano a su falaz amigo, se dirigió al salón en que jugaban.

Wiley, al verle alejarse, se sonrió malignamente, y dijo para sí:

—Vé, imbécil, a jugar, que mientras te entretienes con la sota y el caballo, yo entraré en tu casa sin que haya ningún testigo que me impida hablar con Elisa. Pero antes voy a cerciorarme de que te quedas entregado al juego.

Y Wiley se dirigió a la sala de juego, poco después de Diego, para ver si podía ir sin riesgo a la casa de Elisa.

Doña Anita, al verle desaparecer, y como si adivinase el pensamiento que le dominaba, exclamó:

—¡Hum!... Este doctor algo intenta... ¿Tendrá la esposa de don Diego, como decía mi difunto, un «lapsus linguae»?

Y la mercachifle se entregaba ya a conjeturas avanzadas, que se disponía a comunicar a su amiga Crucecita en cuanto la viera, cuando se abrió una puerta de uno de los cuartos contiguos a la pieza en que se hallaba, dando salida a Duval, que se dirigía a la sala de juego.

—¿Me compra usted estas pulseras que me han dado a vender?...—le dijo doña Anita, presentándose al paso.

—Cuando me case.

—Entonces tengo mala esperanza.

—¡Pues qué! ¿Me juzga usted incasable?—dijo riéndose Duval.

—A usted, no; pero sí ella con usted.

—¡Cómo!... ¿Quién es ella?...—exclamó Duval, picado en su curiosidad—. Usted conoce...

—¿A Clotilde?... ¡Vaya!... Como que la he visto entrar a casa de mi vecinito Leopoldo.

—¿Usted es vecina de Cabrera?—preguntó Duval con marcado interés.

—Vivo en la vivienda próxima, y visito a su mamá, que conoce mis antecedentes, y sabe que soy toda una señora...

—Y ¿en qué se funda usted para creer que Clotilde no se casará conmigo?

—En que la mamá de Leopoldo me ha dicho que lo único que se oponía al enlace de su hijo con Clotilde, era una acusación contra su padre, y que esta acusación está destruída con un cuaderno que no deja duda de su inocencia, el cual piensa entregar a tiempo oportuno al señor Landeta.

—¿Un cuaderno?

—Sí, señor.

—¿Que destruye la acusación contra el padre de Leopoldo?

—Sí, señor.

—¿Y que no deja duda de su inocencia?

—Sí, señor.

—Pero, ¿cómo ha llegado ese cuaderno a manos de Leopoldo?

—Porque se lo ha dado su amigo Núñez, un joven rubio, muy guapo, que es muy elegante conmigo y que improvisa versos con una gracia...

—Ya.

—Y que tiene mucho valor, como que para apoderarse de ese cuaderno expuso su vida.

—¿Sí?

—Figúrese usted que pasaba por una calle, cuando oyó gritos dentro de una casa y vió sobre la tapia de un jardín a un hombre que trataba de huir; entonces sacó una espada, y cuando aquél saltaba y Núñez se lanzaba a aprehenderle, disparó sobre él un pistoletazo otro hombre que estaba escondido en una puerta de la acera de enfrente.

—He oído algo de eso.

—Por fortuna la bala no le tocó; y hubiera seguido a los malvados, a no haberle llamado la atención una cosa blanca que miró tirada en el suelo, y que se detuvo a recogerla.

—¿Y aquel objeto...?

—Era el cuaderno que le he dicho a usted, y que revela la inocencia del padre de Leopoldo.

—Y ¿no sabe usted cuándo piensan entregarlo al señor Landeta?

—No lo sé a punto fijo; pero creo que será muy pronto.

—¿Es decir, que se proponen robarme mi felicidad?—dijo Duval, con amarga inquietud, y cambiando repentinamente

de tono, y aparentando una calma que estaba muy lejos de sentir, añadió:

—Pero eso es imposible; todas las pruebas están contra el padre de Leopoldo; y ese cuaderno de que usted me habla será obra, sin duda, de mi rival, para engañar al señor Landeta.

—No lo crea usted; la mamá de Leopoldo es muy buena; y estoy segura de que me ha dicho la verdad, porque sabe que soy toda una señora, y que por lo mismo, puede confiármelo todo...

—¡Ojalá fuese cierta la inocencia de Cabrera!—exclamó con refinada hipocresía Duval, para sacar partido de ella—. Entonces yo mismo sería quien se interesase en que su hija alcanzase, en premio de lo que sufrió, la mano de la mujer que amo.

—¿Sería usted capaz de ese sacrificio?—preguntó doña Anita, admirada.

—Yo prescindo de mi dicha por la del objeto que amo; y repito que si estuviese convencido de esta verdad...

—Nada hay más fácil.

—¡Cómo!

—¿Quiere usted que le pida el cuaderno para que usted lo vea?

—¿Cree usted que se lo daría?

—Sin duda; de mí hace una confianza ciega, pues como ya conoce que soy toda una señora...

—Pero...

—Yo creo que en asegurándole que usted desea verlo para prescindir de su empeño...

—No.

—¿Por qué?

—Porque sería difícil que creyesen en mi sinceridad y en la abnegación a que estoy dispuesto.

—Entonces...

—Mejor sería que yo viese el manuscrito sin que Leopoldo ni nadie lo supiera.

—¿Cómo!

—¿No podría usted traérmelo, sin que él entendiese nada, y llevarlo luego para colocarlo en el mismo sitio que lo tiene?

—Lo que es poder, sí; porque como saben que soy toda una señora, entro y salgo en todas las piezas como si estuviese en mi propia casa, sin que nadie desconfíe de mí.

—Bien.

—Pero...

—¿Pone usted obstáculos?

—¿Qué quiere usted... Yo tengo mis ideas..., como soy una señora...

—Pero, ¿en qué se opone ese paso a...?

—En que es clandestino, opuesto a la educación que he recibido, pues ya usted ve, que una que es verdaderamente señora, como soy, no debe...

—Pero cuando se trata del bien de la humanidad; de prestar un importante servicio a una familia calumniada, de hacer feliz a un joven, a quien desde este instante aprecio, las personas bien educadas, las que se hacen superiores a las preocupaciones del vulgo, las que son verdaderamente señoras, no se detienen en nada, bien convencidas de que el fin justifica los medios.

—Eso es mucha verdad.

—¿Le habría yo de proponer a usted, de otra manera, que es toda una señora, el favor que solicito?

La mercachifle sintió halagado su amor propio al ver que la decían que era toda una señora, y agradecida a ese palabra que lisonjeaba su vanidad, contestó:

—En efecto; bien visto, es una obra buena, y bien puede una señora...

—Mientras usted se decide—dijo Duval, sabiendo que nada inclina más que el dinero—, le compraré a usted las pulseras; ¿cuánto valen?

—Quieren una onza.

—Ahí la tiene usted.

Doña Anita quedó agradecida a la franqueza con que compraba su interlocutor.

—Y ¿no tiene usted otra cosa?—añadió Duval, tratando de tener de su parte a aquella mujer.

—Este anillo.

—Me gusta; ¿qué es lo que pide usted por él?

—Ocho pesos.

Duval se puso a mirarlo, y dijo mientras lo examinaba:

—¿Tendré la dicha de que me proporcione usted ver por un instante ese cuaderno?

—¿Pero me lo volveré a llevar inmediatamente?—contestó la mercachifle inclinada a obsequiar el deseo de tan generoso comprador.

—En el mismo instante.

—Porque ya ve usted, como soy una señora..., no sería justo que...

—Y ¿cuánto vale este anillo?—exclamó Duval, cortando la palabra, y mezclando la conversación sobre el cuaderno

con la del anillo, para disimular de esta manera el interés por el primero.

—Cinco pesos.

—Téngalos usted. Conque ¿puedo contar con que se tomará usted la molestia de traerme el manuscrito, por un solo momento?

—¿Pero me lo vuelvo a llevar en seguida?

—Inmediatamente.

—Pues bien, supuesto que es con el objeto de hacer una buena acción, voy por él ahora mismo. ¡Ah!... ¿No quiere usted comprarme estos botones de camisa?

—Cuando vuelva usted se los compraré—dijo Duval impaciente por el cuaderno.

Doña Anita salió contenta de la venta de sus alhajas, y discurrendo la manera de apoderarse, por un momento, del cuaderno, sin ser vista.

—En esto no hago mal a nadie—iba diciendo cuando bajaba la escalera—; al contrario, este señor lleva, en ver ese manuscrito, el fin más noble. Además de que, lo que contiene, es honroso para la familia de Leopoldo; cosas que él quisiera que las conociese todo el mundo, de modo que en nada se rebaja con este paso mi dignidad de señora.

Duval, contento del servicio que le iba a prestar doña Anita, y sobresaltado a la vez con el temor de que si no se apoderaba del cuaderno, se descubriese la inocencia del padre de Leopoldo, como aseguraba la mercachifle, quedó meditando un rato. Luego, llamando a uno de los criados que andaban por allí, le dijo:

—¿Has visto al doctor Willey?

—Sí, señor; está en la sala de juego.

—Dile que tenga la bondad de venir a verme; que le espero ahí dentro, en mi gabinete.

El mozo marchó a cumplir con la orden, y Duval penetró en la pieza de donde le vimos salir.

Doña Anita, entre tanto, se dirigía hacia su casa, cuando se encontró en la calle con su amiga y vecina Crucecita.

—¿A dónde va usted, doña Anita?

—A un asunto de la mayor importancia.

—¿Muy lejos?

—A casa; pero entremos a este portal, mi alma, porque está haciendo mucho viento, y le contaré a usted lo que pasa.

—Sí, sí.

Y las dos antediluvianas amigas entraron en un espacioso portal para ocuparse del prójimo.

Tan embebecidas estaban en su conversación, que no vie-

ron que el cielo se empezaba a poner negro, y que caían algunas gotas de agua, indicando uno de esos fuertes aguaceros tan notables en México.

Pero mientras ellas, saciando su desordenado apetito de murmuración, permanecen desollando al prójimo, pasemos nosotros a ocuparnos de otros personajes que interesan a nuestra historia.

CAPITULO VII

Un plan

Willey, al saber por el criado de Duval que éste deseaba hablarle, dejó la sala de juego, a donde había seguido al esposo de Elisa, y se dirigió al gabinete en que le aguardaba su socio.

—¿Han llegado, señor doctor, los conductores del dinero? —le preguntó Duval no bien le vió entrar en su gabinete.

—Hace una hora:

—¿Y se lo ha entregado usted al señor Flan?

—En el momento que llegó.

—¿Y lo ha contado?

—Delante de mí.

—¿Y nada ha conocido?

—Absolutamente nada. ¿Ni quién es capaz de conocer una moneda tan perfectamente imitada? Para descubrir el engaño sería necesario recortar los pesos, como yo lo hice, para ver que el corazón es de metal blanco.

—Y las mercancías, ¿se las entregó a usted?

—Sí, señor; y pronto irán caminando hacia Guanajuato.

—Perfectamente.

—Lo que temo es que la gente encargada de custodiar el dinero llegue algún día a sospechar algo, y...

—Es de lo menos que temo; son hombres del bajo pueblo, vigilados por los nuestros, a quienes pago bien, porque ven gan escoltando el dinero, y ellos de lo que menos se ocupan es de saber su procedencia. Además, ven que tengo grandes empresas, y no extrañan que reciba esas cantidades.

—Es verdad. Y como, por otra parte, tienen formado tan buen concepto de todos los que venimos de otros países...